

DOSIER



ES POSIBLE UNA RELACION ENTRE LA ETICA Y LA POLITICA?

Por: Raúl López Upegui

Todo lo que no es político comporta al menos una dimensión política, por lo contrario todo lo que es político comporta también siempre una dimensión no política.

Edgar Morin. Para salir del siglo XX

En efecto, en materia de pasiones y acciones los razonamientos son menos persuasivos que las obras.

Aristóteles. Ética a Nicomaco.

INTRODUCCION

La relación entre ética y política no siempre fue problemática, entonces: por qué el interrogante? porque pienso que es una relación que se impuso como necesaria en el orden de la razón sobre todo en la cultura griega o mejor en las filosofías de Platón y Aristóteles. Pero acaso es evidente, necesaria o universal? No habrá sido fruto de la estrategia de la convención o del interés? De todas formas opino que de darse, sólo la propia práctica podría construirla.

Para el propósito de esta dilucidación habremos de manejar ambos términos en un nivel de generalidad y abstracción, ya que si bien siempre que de ellos hablemos tenemos que darles unos marcos diferenciales definidos, pues ambos han tenido sus propios despliegues y desarrollos históricos específicos, nos interesa acá vislumbrar sus posibles nexos, vínculos o exclusiones en el plano del uso genérico que habitualmente les damos. Habrá que advertir, a su vez, que no partimos del uso de definiciones previas, ya que el peligro de "sustancializar las nociones" nos anclaría de antemano en el puerto, impidiendo el libre viaje por los océanos. Espero que a lo largo de la exposición las determinaciones conceptuales vayan surgiendo y sólo

con el fin de marcar el hecho de la propia confrontación de sus diferencias o de sus nexos.

BREVE RETROSPECTIVA HISTORICA

La tradición filosófica clásica comprendía a la ética y a la política como integrando una forma más genérica de Filosofía, reconocida como Filosofía Práctica que en términos muy amplios se entendía como el pensamiento práctico animado con un fin. Ambas -ética y política- van a ser determinadas como "Praxis" pero entrando en un orden de fines diferentes. El fin de la política es la Polis en cuanto la acción del individuo no se satisface plenamente sino a nivel de la comunidad. Es un orden, pues, de necesidades. Sólo en ella pueden ser los individuos autónomos y donde pueden realizar una "praxis" intersubjetiva, pública; no es así una mera estructura o sistema que una vez construido, estuviera fuera o por encima de los ciudadanos. El concepto de "Politikós" no significaba lo que nosotros entendemos simplemente por político ya que también abarcaba lo que comprendemos por social.

La política para los griegos se afirma así como una ciencia arquitectónica, fundante y rectora del hombre

en sociedad. Por otro lado la ética como praxis que parte de la vida mundana, busca ser una guía para dicha vida, para el buen vivir y el buen obrar, comprendiendo las "boulesis y las proairesis".

Vamos a encontrar acá una primera clara convergencia de lo político y lo ético, en la sociedad griega clásica, para la que era imposible una desvinculación entre uno y otro y según la cual la rectitud de la conducta era la condición pedagógica básica para una participación en "lo común, en el koinón", pues como lo hemos aludido en el orden de los fines es el político el que subsume todas las demás acciones humanas. Bien lo consigna Aristóteles en las siguientes palabras: "Desde el momento que la política se sirve de las demás ciencias prácticas y legisla sobre lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, el fin que le es propio abraza los de todas las otras ciencias, al punto de ser por excelencia el bien humano" (Ética a Nicómaco, libro I).

Así pues, si la ética se refiere a una vida buena de ciudadanos buenos, la política sitúa la vida buena de estos ciudadanos en una Polis buena. En otras palabras, todas las posibilidades de la acción (boulesis: propósito, intenciones y voluntades; proairesis: libre elección) están sometidas al criterio del buen vivir cuya realización es la meta del obrar político. Savater evocando este mismo momento lo reseña en estos términos: "Para Aristóteles la política no es sino la prolongación de la ética por otros medios... la ética es el pórtico pedagógico de la política" (Invitación a la Ética p. 94) y Habermas "La política se entendía como la doctrina de la vida buena y justa; representaba una continuación de la ética".

Ahora bien, esta universalidad de la determinación teleológica y ética de la política y de la acción humana como interacción social e histórica, comienza a resquebrajarse en el mismo pensamiento y propuesta aristotélica, perdiendo claridad al delimitarse la ética desde la instancia privada de la práctica de las virtudes

y el fin más pleno del hombre desde la actitud puramente teórica: "La auténtica felicidad que sólo se da en la vida humana autónoma por antonomasia: la vida teórica y contemplativa", se trata de la actividad del alma conforme a la virtud, dice Aristóteles: "Sino que, en la medida de lo posible debemos hacernos inmortales y hacerlo todo para vivir de conformidad con la parte más excelente de nosotros mismos (Ética a Nicómaco, libro X, 1177a).

Esbozada está acá la primera tendencia de privatizar la vida ética, preludio de la época moderna, dice Umberto Eco al respecto "La disociación individualista todavía no ha desintegrado a la comunidad pero ya ha previsto su carácter problemático. Aristóteles intenta contener y resanar la unidad de la vida cotidiana... hasta cuando las formas civiles queden radicalmente desintegradas por la antítesis que el mundo griego comenzó a entrever" (Introducción al Pensamiento Político p. 36), la antítesis acá aludida es la de la vida pública y la vida privada.

Con la disolución de la Polis, las escuelas postaristotélicas rompen el equilibrio y la ponderación, al interpretar en una forma radical sus postulados. De Ventós comenta: "El ideal de la autonomía teórica se transforma así mismo en el de la autarquía vital: suficiencia e independencia del contexto mediante la aceptación fatalista y apática de todo cuanto sucede... Sólo es ahora bueno o feliz quien prescinde de todo, aceptando todo, el que ya nada le importa y por lo tanto ya nada puede afectarlo: el que alcanza el supremo desinterés y desapego que caracteriza igualmente al sabio y al santo" (Moral y Nueva Cultura p. 47).

Surge el individualismo como respuesta a la desintegración dando origen a "la árida singularidad y a la particularidad odiosa que se encierra en sí y se mantiene en sí como diría Hegel".



“Disociación individualista de la totalidad orgánica de la comunidad y constitución gradual de la comunidad como mera comunidad abstracta, desenvolvimiento privado y público. Interiorización del mundo como ética privada y transformación cada vez más abstracta de aquel mundo como esfera política y jurídica: son procesos que se desarrollan al mismo tiempo. El individuo se sustrae al mundo recogándose en el recinto de la propiedad privada y en la ética de la conciencia... Los problemas de la verdad y de la ética se habían ya privatizado transformándose en patrimonio exclusivo de las conciencias individuales” (U. Cerroni Op.cit. p.5).

Vemos como lo que interesa desde este planteamiento para el individuo es su perfeccionamiento en la práctica de la virtud. Este efecto de la privatización de lo

ético trae apareado, como era lógico pensar, un efecto sobre lo político: este se independiza de esa antigua relación y se positiviza al autonomizarse de la vida social y al encarnarse el poder en el gobernante o en la técnica de la gestión del Estado, obviamente condicionados por la formación de un tipo histórico de sociedad. A partir de Maquiavelo, al considerarse en la “res pública” lo estable, establecido o instituido de ella -Lo Stato- empezó a atomizarse el orden político (La Razón de Estado), del orden y la razón éticos.

Un momento determinante en este giro lo tiene la racionalidad moderna y la forma en que ésta toma la política como racionalidad política “la racionalidad política en puesta en obra fundamentalmente en la concepción moderna del estado, y en la legislación política de la sociedad, ha instaurado unas relaciones de poder en las cuales, la dominación y la violencia han sido la constante. Con la autonomía lograda por la ciencia política que escinde la unidad clásica de lo religioso, lo ético y lo político, surge la distinción de la actividad y vida políticas de la actividad y vida sociales fijando con ello los límites de la actividad del estado” (Raúl López, “Ética y el ejercicio real del poder, p. 100, Revista U.P.B. #130, Junio 1988).

El proyecto moderno de evidencias adecuadas para la fundamentación y sistematización de las ciencias incide en la concepción que de la política se tiene y si ésta pretende ser ciencia, ha de orientarse por dicho camino llegándose por esta vía a una “tecnificación de la política” para la cual la interacción no sería ya la construcción de lo común sino un obrar puramente instrumental “explotación de las posibilidades instrumentales de la bajeza del otro como herramienta animada” (Savater). Tenemos constituido así un positivismo político que no admite ética o que la confina a la esfera de lo privado, no comprometiéndose con ningún valor o unilateralizando un interés y proclamando por lo tanto su neutralidad.

LAS PERSPECTIVAS DE LA CONVERGENCIA

Es de muchos aceptado por consenso y ratificado por el entender común, encontrar una inherencia genérica entre el poder y la política, pareja o binomio inseparables e inescindibles. Lo que sí, a veces, no percibimos con claridad es el hecho de que no hay una única forma de concebir dicho nexo. En las opiniones corrientes encontramos frecuentemente confundida dos ideas o nociones generales de política cada una de las cuales correspondiendo precisamente a una manera diferente de conjugar uno de los dos términos: poder y política. Lo que cambia necesariamente es la forma de concebir sus vínculos. Podemos perfilar -siguiendo a Bovero- claramente dos formas que tiene ascendencia en posiciones y nombres identificables y definibles en los diferentes momentos de la historia.

Una forma realiza un delineamiento de la idea de la política como conflicto extremo -antagónico cuya solución no consiste nunca en la solución de la contradicción original (dada por la pluralidad de centros de poder y de sus relaciones de fuerza, unas veces permanentes y otras variables, modeladas por episodios de resistencia y rendimiento, de rebelión y sumisión), si ni por su cristalización en forma de imposición. Es pues el concepto que asociamos a la "contraposición y lucha" y/o a la dominación y al prevalecimiento del poder del más fuerte. La acción orientada no hacia una comprensión mutua sino al conflicto, la destrucción, la dominación, la manipulación, la codificación, el aprovechamiento.

De las consideraciones anteriores surge "lo político" como el campo de la relación amigo-enemigo, quizás muy bien comprendido en la excelente y sintética fórmula, magníficamente lograda por lo parodial, de Foucault cuando se interroga "Cabe, entonces, invertir la fórmula y decir que la política es la continuación de

la guerra por otros medios?" (La Voluntad de Saber p. 113).

La otra idea general de la política abre una perspectiva diferente más allá del conflicto con la conjugación de las variadas contrapuestas en la "unidad del poder común": las fuerzas contrapuestas y los poderes particulares ceden sus pretensiones a través de la institución del poder "Super partes" que va a ser el poder político por excelencia coincidiendo con el ingreso en la sociedad civil, abandonando el estado de guerra del que hablara Hobbes.

En este caso se perfila una idea de un orden colectivo, de una organización de la convivencia mediante reglas y normas imperativas emanadas del poder que "representa la misma colectividad y que impide la desgracia oponiéndose al resurgimiento del conflicto extremo" se trata acá, entonces, de la política como composición.

Las anteriores son, pues, dos concepciones del vínculo poder-política que no son conciliables en una unidad y más bien tienden a excluirse mutuamente. Para algunos la situación de conflicto extremo, que viene a ser la contraposición política por excelencia, se presenta como la situación no-política por antonomasia. Para otros, contrariamente, la superación de la contraposición se da como salida de la esfera política.



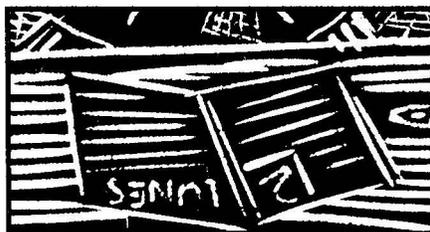
LA VIA EXTERNA

Ahora bien, si ya no consideramos esas ideas generales y abstractas que marcan las tendencias teóricas y nos ubicamos en el nivel más cercano de la práctica, la contradicción de ambas parece atenuarse o por lo menos a presentarse mejor como una diferencia de perspectivas sobre el mismo campo, por los límites imprecisos en que se mueven o actúan los grupos humanos, así, cada perspectiva delimita como políticos, ciertos fenómenos con respecto a otros, interpretando éstos siempre desde aquellos. En una línea, prevalece una consideración por decirlo así "externa" del grupo que es interpretada en una relación de desafío manifiesto o latente con otros grupos.

Podemos afirmar que en esta situación muy próxima al estado de necesidad, ética y política necesariamente divergen. En la otra perspectiva, predomina una consideración "interna" del grupo que es vista en relación a sus miembros, a los que le son impuestas reglas para la convivencia; en este caso, ética y política de diversa manera pueden coincidir, aunque no convergen necesariamente.

De lo anteriormente dicho podemos ir anticipando un enunciado: las posibilidades o imposibilidades de una relación entre ética y política no están dadas sin más y sin delimitar si hay una concepción y una práctica de la política que la permita, que se abra a una dimensión ética.

Pensando en términos de esas dos claves "externa e interna" de la vida de los grupos humanos, se nos ocurre interpretar las relaciones que Savater propone en términos de aquellas: la "relación externa" es la violenta propiamente tal, cuyo campo simbólico operativo en el que se ejerce es el político, instancia de



la realización de la dialéctica del amo y el esclavo hegeliana. Lugar del reconocimiento del otro en un doble sentido, primero de arriba a abajo: reconocimiento de la sumisión de la derrota del otro; y segundo de abajo a arriba: reconocimiento del valor, fuerza y dominio del otro,

"de su derecho incontestable a ser obedecido e imponer las normas"

En ambos sentidos se presenta el reconocimiento jerárquico del rango que cada cual ocupa en la gradación social. La desigualdad que de acá brota está rigurosamente enraizada cada vez más en lo necesario como orden natural, divino o biológico. "La reciprocidad - dice Savater - de prestaciones es obviamente asimétrica y está codificada de un modo siempre coactivo que sólo se modifica tras nuevos choques violentos" (Invitación a la Ética p.33). Tenemos así configurado lo que podemos denominar como el reino de la contraposición de intereses si entendemos por tales "la realización de los objetivos de integraciones varias, de clase, grupos o individuos frente a otras integraciones, clases, grupos o individuos" (Agnes Heller, Hipótesis para una teoría marxista de los valores p. 23).

Esta consideración hacia la "exterioridad" es quizás la que pone en obra en todas sus consecuencias la definición del poder que da Max Weber como "la posibilidad de imponer en cada caso la propia voluntad al comportamiento de los demás". Nos dice en su libro Estructuras de poder: "Lo común a todas las formaciones políticas es el empleo de la fuerza; lo que las diferencia contra las demás organizaciones políticas... Como estructuras de poder las formaciones políticas difieren, pues, en el grado en que están orientadas hacia el exterior" (p.9).

Esta perspectiva que entiende así lo político es la que por necesidad ha de excluir cualquier posibilidad de

connotación ética o que no soportaría una disolución ética o reconvencción pura y simple 'en lo político y es la que da pie al establecimiento de algunas diferencias que, siguiendo nuevamente a Savater, podríamos enunciar así:

1. "El ideal ético, lo que el hombre quiere sólo puede prevenir en el reconocimiento en el otro: lo genérico humano". En cambio la política, como veíamos, se mueve "en el plano del reconocimiento del otro".

2. La forma de relación de la ética es la de la "comunicación racional" pues en ella "se objetiviza la máxima reciprocidad y una igualdad intrínseca que permite todas las diversidades concretas" (I.E. p.36). Muy diferentemente la violencia es la forma de relación política por excelencia, en el sentido "externo" que hemos precisado.

3. La concepción del tiempo: la ética vive del presente, el momento de la toma de decisiones, imposiciones, nunca aplazadas, porque el hacerlo es ya tomarlas. "El presente es el lugar de lo posible". Contrariamente, la política vive "permanentemente del saqueo del futuro", de allí le viene su fuerza y su convicción, allí se instalará su confirmación o su derrota según los resultados que obtenga" (p.98).



4. La ética no distingue entre fines y medios por no depender del futuro. Para ella no hay más que fines, pues todo se agota en el presente donde se ejerce, "buscando afanosamente la apertura a lo posible en donde realiza su esencia". En cambio la política vive de los medios, dosificándolos, falseándolos, seleccionando aquellos que más traicionan los fines, que más los perverten. Por qué? "Porque un medio indeseable e injustificable en sí mismo es verdaderamente un medio" (p.99).

La acción política es la más incierta, en los procesos históricos los medios se transforman en fines y los fines en medios: los fines iniciales se eclipsan, los principios se escamotean y la estrategia deviene nuevo fin. Se multiplican así los enfrentamientos de órdenes contrarios, propiciando un problema de disociación, de antagonismo entre los propios principios y las estrategias.

5. En y por la política nos encontramos sobre todo en la pervisión del llamado "interés general", la ilusión de finalidad. La intención de actuar por el bien de la comunidad (intención siempre presente en los ánimos políticos) no basta para que la acción emprendida contribuya efectivamente. Lo más grave es que el amor a la comunidad "en general" determina un desinte-

res creciente por los hombres en particular, conduciendo a una indiferencia ascendente por el otro, autorizando o, peor aún, legitimando la manipulación por los "intereses superiores". Es la actitud cínica por antonomasia.

6. Las realidades anárquicas subterráneas, inconfesadas, no formuladas se imponen a la base de las relaciones políticas. Intrigas, manías, trampas, propinas o prebendas con intención de soborno, "mordidas", complicidades, chanchullos, serruchos son todas prácticas habituales. Es una especie de esquizofrenia en la que vive la política y los políticos, viviendo dos dimensiones, dos identidades aunque no conciban más que una cada vez. Es un doble juego ambiguo que cuando anuncia los intereses sublimes de la colectividad actúa cínicamente en función de los intereses de la particularidad.

7. El hombre en tanto que político asume una actitud que se conoce como actitud política, que se deslinda netamente de la actitud ética. Son dos modos de estar en el mundo, de enfrentarse con él, de estar en él. La política se revela como el arte de lo posible, función de eficacia, aún -y muchas veces- al precio de "ensuciarse las manos" según el habla del lenguaje común: "virtus" en su sentido renacentista, competencia para realizar una idea de Estado, gobernar, administrar, organizar. La actividad política tiende a burocratizarse y a recibir una legitimación burocrática, a convertirse en profesión u oficio y quienes la ejercen "en clase política" funcionaria o parafuncionaria. En cambio el hombre en tanto ético no es que rechace la política o se desentienda de ella - aunque su tentación sea la ácrata- pues, es plenamente consciente de la dimensión pública de la ética, sino que tiende a adoptar, frente a los quehaceres políticos una actitud plenamente ética: la crítica, la denuncia, el "No" por una parte y por otra la utopía (J.L. Aranguren).

LA VIA INTERNA

Pero, ahora bien, si pensamos en esta otra perspectiva, la "Interna", la que se da con vistas a las relaciones de los mismos miembros de un grupo, que acepta reglas para la convivencia ¿si será posible la coincidencia de Ética y Política? ¿Podrán converger de alguna manera? Considero que en esta línea parecieran partir de una concepción del poder político diferente a las tesis del positivismo jurídico, y cercana quizás a la justnaturalista, quien hace depender la validez del ordenamiento jurídico político de su apego a principios éticos, esto es que una norma para ser válida debe ser también justa.

Por ejemplo Hannah Arendt, y sin pretender que sus planteamientos estén necesariamente en dicha línea, partiendo de un modelo de acción muy distinto al de Max Weber, entiende el poder como "la capacidad de ponerse de acuerdo, en una comunidad sin coacciones, sobre una acción en común". No es quizás este el punto de partida de donde arrancan los esfuerzos de los teóricos actuales por darle una perspectiva soluble a la relación que venimos analizando, al pretender formular una ética del consenso adoptando como forma general y tal vez la única la comunicación racional? No se nos evoca con esto la "situación ideal del diálogo" de Habermas, la "comunidad de acción comunicativa" de Apel, la teoría de la justicia de John Rawls? Serán estos los caminos a emprender? Se vislumbran allí las soluciones? O será mejor insistir en las posibilidades mismas de la acción, en sus posibilidades infinitas de retracción para lograr en la práctica lo que en la teoría no ha sido posible? No será un trabajo de construcción y transformación sobre los individuos mismos para que produzcan su propio ser relacional con base en la problematización de si mismos?

Pero de todas maneras hay que recibir alegremente todo esfuerzo, todo intento por lograr que emerja en

este final de siglo la ética, pues, como bien lo sabemos, la dimensión política es hoy un "efecto abarcador", que ha invadido todas las esferas incluso las más aparentemente alejadas de la política tradicional, como la ecología, la demografía, la medicina, el bienestar, el tiempo libre, con los peligros inherentes al uso del pensamiento abstracto, mutilador de los caracteres de lo humano, de su particularidad y singularidad propias: abstracto que reduce, que elimina al sujeto multiforme en una especie de liquidación ética. Se pretende, pues imponer arbitrariamente la universalidad a la singularidad concreta racionalizando las acciones y los actos.

Por último, nos es preciso comprender que la ética, que se busca que emerja en el plano político, no adquiere su lucidez por sí sola, no puede ignorar los azares y los vuelcos que impone la "ecología de la acción", no basta querer actuar bien para conseguirlo, pues hay que actuar con la complejidad cada vez más creciente, con las pluralidades en escena, con las contradicciones en pugna y las incertidumbres del presente.

Para concluir, no olvidemos que de todas formas "las acciones son inciertas y necesitan estrategias, es decir, una arte de actuar en condiciones aleatorias y adversas" (Edgard Morin).

BIBLIOGRAFIA

ARANGUREN, J.L. "Ética comunicativa y democracia" En: *Ética Comunicativa y Democracia*. Barcelona: Crítica, 1991.

ARISTOTELES. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Aguilar, 1973.

BOVERO, M. "Lugares clásicos y perspectivas contemporáneas sobre Política y Poder". En: *Origen y fundamento del Poder político*. México:

Grijaldo, 1985.

CERRONI, U. *Introducción al Pensamiento político*. México: Siglo XXI, 1975.

DE VENTOS, X.R. *Moral y Nueva Cultura*. Madrid: Alianza, 1971.

FOUCAULT, M. *La Voluntad de Saber*. México: Siglo XXI, 1977.

LOPEZ, R. "La Ética y el ejercicio real del poder". En: *Revista U.P.B.* Vol. 38, No. 130. Medellín (jul. 1988).

MORIN, E. *Para salir del Siglo XX*. Barcelona: Kairós, 1981.

SAVATER, F. *Invitación a la Ética*. Barcelona: Anagrama, 1983.

WEBER, M. *Estructuras de Poder*. Buenos Aires: Pléyade, 1977.